

ros á mis amigos Mr. Pickwick y Mr. Tupman.

— ¡Cuánto me complace! — exclamó el doctor, no sospechando que conocía á Mr. Tupman.

— ¿Vendréis sin falta? — preguntó Snodgrass.

— Sin falta.

Al decir esto habían llegado al camino. Despidiéronse cordialmente, y mientras el doctor y sus amigos se dirigieron al cuartel, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass entraron muy contentos en la fonda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPÍTULO III
"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
Nuevos personajes. — Historia de un clown. — Una interrupción desagradable y un mal encuentro.

Mr. Pickwick estaba algo inquieto al notar que se prolongaba la ausencia de sus dos amigos y al recordar la conducta misteriosa que habían observado durante la mañana. Levantóse á recibirlos con verdadero placer, y con interés poco ordinario les preguntó la causa de haberse detenido tanto tiempo. En respuesta á esta pregunta iba Mr. Snodgrass á hacer la historia de las circunstancias que acabamos de relatar, cuando notó que entre Mr. Tupman y su compañero de viaje había en la sala un nuevo desconocido, de una apariencia igualmente singular. Era un hombre envejecido por los disgustos, cuya faz cóncava, de pómulos salientes y ojos brillantes, aunque hundidos, parecía más notable aun por los cabellos negros y lacios que caían en desorden sobre su cuello. Su mandíbula era tan larga y tan flaca que se hubiera podido creer que retiraba expresamente sus mejillas por una contracción de los músculos, si la expresión inmóvil de sus facciones y de su boca no hubieran hecho ver que aquella era su fisonomía habitual. Su cuello estaba rodeado de una chalina verde, cuyas largas puntas le caían sobre el pecho, y se percibían al través de la usada botanadura de un viejo chaleco. En fin, llevaba un largo gabán negro, un pantalón de paño basto, y botas que se caían á pedazos.

Los ojos de Mr. Snodgrass se fijaron en este personaje estrambótico, y Mr. Pickwick que lo notó, dijo extendiendo la mano hacia aquel lado:

— Un amigo de nuestro nuevo amigo. Hemos descu-

bierto esta mañana que nuestro amigo está contratado en el teatro de este pueblo, aunque él desea que esta circunstancia no sea enteramente conocida. Este caballero es un individuo de la misma profesión, é iba á contarnos una pequeña anécdota cuando vosotros entrasteis.

— Masa de anécdotas — dijo el desconocido del día anterior, acercándose á Mr. Winkle y hablándole en voz baja; — singular bribón, no es autor... hace las utilidades, hombre extraño... toda clase de miserias. Le llamamos Jenny el Lúgubre.

Mr. Winkle y Mr. Snodgrass saludaron políticamente al personaje que tan elegante nombre llevaba, y sentándose alrededor de la mesa, pidieron agua y aguardiente, imitando á los demás de la reunión.

— Ahora, caballero — dijo Mr. Pickwick, — ¿queréis hacernos el gusto de empezar vuestro relato?

El individuo lúgubre sacó de su bolsillo un rollo de papeles sucios, y volviéndose hacia Mr. Snodgrass, que acababa de sacar su libro de memorias, le dijo con voz hueca, perfectamente en armonía con su exterior:

— ¿Sois vos el poeta?

— Yo... yo me ejercito un poco en ese género — respondió Mr. Snodgrass, ligeramente desconcertado por lo brusco de la pregunta.

— ¡Ah! la poesía es en la vida lo que la luz y la música en el teatro. Despojad á éstos de sus embebecimientos y á aquellas de sus ilusiones, ¿y qué queda en los dos de real é interesante?

— Es verdad, caballero — contestó Snodgrass.

— Sentado delante de los quinqués, vos formáis parte del círculo real; admiráis los vestidos de seda de la brillante muchedumbre. Os quedáis entre bastidores, y sois el pueblo que fabrica aquellos vestidos; gentes desconocidas y despreciadas que pueden caer y levantarse, vivir y morir, como quiera la fortuna, sin que ninguno se inquiete por eso.

— Ciertamente — respondió Snodgrass.

La mirada profunda del hombre lúgubre estaba fija en él, y sentía la necesidad de decir alguna cosa.

— Vamos, Jemmy — dijo el desconocido, — animaos... nada de graznidos... tomad un tono más amable.

— ¿Queréis preparar otro vaso antes de empezar? — dijo Mr. Pickwick.

El hombre lúgubre aceptó la oferta, mezcló un vaso de agua con aguardiente, bebió con lentitud la mitad, desarrolló su cuaderno y comenzó á leer y á contar alternativamente los sucesos que se van á leer, y que hemos encontrado en los archivos del Club, con el título de *Historia de un clown*.

«Nada encontraréis de maravilloso en la relación que os voy á hacer. Necesidades y enfermedades son cosas demasiado conocidas para merecer más atención que la que se concede á las vicisitudes cotidianas de la vida humana. He recogido estas notas, porque el personaje de este relato me es conocido desde hace mucho tiempo. Yo he seguido paso á paso su descenso al abismo, hasta el momento en que tocó al último grado de la miseria, hasta la cual no se ha separado después.

»El hombre de que se trata era un actor en pantomima, y como muchos de esta profesión, un borracho inveterado. En sus buenos tiempos, antes de ser debilitado por la mala vida, recibía un buen salario, y si hubiera sido arreglado y prudente, hubiera podido recibirlo por algunos años; algunos años solamente, porque los que tienen este oficio, mueren pronto ó pierden antes de tiempo la energía física de que han abusado, y que era su único medio de ganar el sustento. Este payaso de que hablo se debió embrutecer tan pronto, que fué imposible emplearle en los papeles en que era realmente útil en el teatro. La taberna tenía para él encantos á que no podía resistir. Las enfermedades, la pobreza, le esperaban lo mismo que la muerte, si continuaba el mismo género de vida, y sin embargo, lo continuó. Ya comprendéis lo que debía resultar. No pudo tener contrata, y se quedó sin pan.

»Todos los que conocen un poco el teatro, saben que siempre están rodeados estos establecimientos por una multitud de individuos miserables, escualidos, hambrientos. No son actores contratados regularmente, sino comparsas pasajeros, figuras, payasos, etc., que están contratados mientras dura una pieza fantástica ó una pantomima de Navidad, y que son despedidos en seguida, hasta que reclame de nuevo sus servicios otra obra que tenga numeroso personal. Nuestro hombre se vió obligado á recurrir á este género de vida; y como además trabajaba en uno de esos cafés cantantes de baja estofa, que permanecen abiertos después de la clausura de los teatros, pudo ganar algunos shellines más por semana, lo cual le permitía entregarse á sus inclinaciones.

»Pero faltóle también este recurso, porque su embriaguez le impedía merecer la escasa retribución que hubiera podido procurarse de esta manera. Entonces, pues, reducido á la miseria más absoluta, siempre dispuesto á morir de hambre, y librándose de este destino por recibir algún socorro de un antiguo camarada, ó consiguiendo por casualidad emplearse en algún pequeño espectáculo. Todavía lo poco que ganaba era gastado de la misma manera.

»Hacia esta época (hacia ya más de un año que

vivía de este modo, sin que se supiese cómo), yo fui contratado en uno de los teatros situados en la orilla Sur del Támesis, y entonces encontré á este hombre, á quien había perdido de vista; porque yo había recorrido la provincia mientras él se paseaba por las calles de Londres. El telón se había bajado; yo acababa de mudar de traje y atravesaba la escena, cuando él me tocó la espalda.

»Jamás podré olvidar la repulsiva figura que se ofrecía á mis ojos cuando me volví. Los personajes fantásticos de la *Danza de los muertos*, las figuras más horribles, trazadas por los más hábiles pintores, nada ofrecen un aspecto tan sepulcral. Llevaba el ridículo traje de un clown, y su cuerpo flaco, sus piernas de esqueleto, parecían más horribles aun con este vestido de mascarada. Sus ojos vidriosos contrastaban espantosamente con la blancura mate de que toda su cara estaba cubierta. Su cabeza, grotescamente peinada y trémula de parálisis, sus largas manos huesosas, frotadas con albalde, todo contribuía á darle una apariencia pavorosa, fuera de lo natural y lo conocido, que ninguna pluma puede describir, que hoy aun recuerdo con temblor y espanto.

»Me llevó aparte, y con una voz cascada y trémula me contó un largo catálogo de enfermedades y privaciones, y terminó como siempre suplicándome que le diera alguna cosa. Puse algún dinero en su mano, y mientras yo me alejaba se alzó el telón y oí las estrepitosas risotadas que causaba en el teatro su primera pirueta.

»Algunos días después un chico me trajo un pedazo de papel sucio, en el cual me decía que aquel hombre estaba peligrosamente enfermo, y me suplicaba que lo fuese á ver después de la comedia á una calle cuyo nombre he olvidado, pero que no estaba lejos del teatro. Prometí ir allá en cuanto pudiese, y cuando se bajó el telón partí para aquella triste comisión.

»Era tarde, porque yo había representado en la pieza final, y como era función de beneficio, había durado mucho tiempo. La noche era helada y sombría; un viento glacial azotaba violentamente con la lluvia los cristales de las ventanas; mares de agua se habían reunido en las calles estrechas y poco frecuentadas; una parte de los reverberos, bastante raros, por cierto, normalmente, se habían apagado por la violencia de la tempestad, y yo no estaba seguro de encontrar la habitación del que me llamaba en circunstancias tan tristes. Felizmente no me perdí en el camino, y descubrí, aunque con trabajo, la casa que buscaba. No tenía más que un piso, y el desgraciado á quien yo iba á ver, yacía en

una especie de granero, encima de un tinglado que servía de depósito de carbón de piedra.

»Una mujer de aspecto miserable, la mujer del payaso, me recibió en la escalera, me dijo que acababa de dormirse, y habiendome introducido suavemente, me hizo sentar en una silla junto á la cama. Él tenía la cabeza vuelta del lado de la pared, y como no advirtió al principio mi presencia, tuve tiempo de examinar el sitio en que me encontraba.

»A la cabecera de la cama, al lado de la cual yo me había sentado, habían suspendido unos girones de colchas para preservar al enfermo del viento, que penetraba por mil hendiduras en aquella habitación desolada. Sobre una hornilla desvencijada y enmohecida ardía lentamente un poco de carbón de piedra. Al lado, sobre una vieja mesa de tres pies, había muchas vasijas, un espejo roto y otros utensilios. Un niño dormía sobre un colchón extendido en el suelo; su mujer estaba sentada junto al enfermo en una silla rota; algunos platos, algunas tazas, algunos jarros, estaban colocados sobre una bandeja; más arriba se habían colgado un florete y un par de zapatos de teatro, formando estos objetos solos el adorno de la habitación, á más de dos ó tres paquetes de harapos arrojados desordenadamente en los rincones.

»Mientras yo contemplaba esta escena de desolación, y notaba al mismo tiempo la fatigosa respiración y sobresaltos calenturientos del miserable cómico, él se volvía y revolvía sin cesar, para encontrar una posición menos dolorosa. Una de sus manos salió del lecho y me tocó. Se estremeció y me miró con ojos extraviados.

—»Juan — le dijo su mujer, — es Mr. Hutley, á quien has mandado á buscar esta noche.

—»¡Ah! — dijo él, pasándose la mano por la frente. — ¡Hutley! ¡Hutley! veamos.

»Durante algunos segundos pareció ocupado en reunir y evocar sus ideas; y después, agarrándose fuertemente por el puño, exclamó:

—»¡Oh, no me dejéis! ¡no me abandonéis, camarada! ella me asesinará; yo sé que tiene esa intención.

—»¿Hace mucho tiempo que está así? — pregunté á la mujer, que lloraba.

—»Desde ayer por la noche, caballero. ¡Juan! ¡Juan! ¿no me conoces?

»Al decir estas palabras, la mujer se inclinó sobre el lecho; pero él exclamó con un estremecimiento de espanto:

—»No la dejéis acercarse, apartadla. ¡No puedo soportarla junto á mí!

»Al decir esto, la miraba con aire extraviado y con horror mortal; después me dijo al oído:

—»La he castigado ayer y otras veces antes. La he hecho morir de hambre, y á su niño también; y ahora que estoy débil y sin socorro, ella me va á asesinar. Yo sé que lo intenta. Si, como yo, vos la habéis oído gemir y gritar, no dudaréis nada; apartadla.

»Al decir estas palabras, soltó mi mano y cayó agobiado sobre la almohada.

»Yo comprendía muy bien lo que aquello significaba. Si lo hubiese podido dudar un instante, me hubiera bastado para cerciorarme mirar el semblante pálido y las formas extenuadas de su desgraciada mujer.

—»Y hariais bien en retiraros — dije á la infeliz; — no podréis hacerle bien. ¡Tal se calmará si no os ve!

»Ella se apartó de la vista del enfermo. Al cabo de algunos segundos, éste abrió los ojos, y miró con ansiedad alrededor suyo, diciendo:

—»¿Se ha ido?

—»Sí, sí — le dije yo; — no os hará daño.

—»Voy á deciros lo que hay — dijo con voz cavernosa. — Ella me hace daño. Hay una cosa en sus ojos que me llena el corazón de miedo y me vuelve loco. Toda la noche he visto delante de mí sus grandes ojos fijos y su rostro pálido. Yo me volvía, se volvía ella. Cuando me despertaba sobresaltado, ella estaba junto á mi lecho mirándome.

»Después se acercó más á mí y añadió en voz baja y trémula:

—»Jemmy; sin duda es un ángel malo, un demonio... ¡chit! yo estoy seguro. Si no fuera más que una mujer, habría muerto hace tiempo. Ninguna mujer sería capaz de sufrir lo que ella ha sufrido.

»Yo me estremecí al pensar en la larga serie de desdenes y crueldades de que aquel hombre debía ser culpable, para conservar tan viva impresión. No pude responderle, ¿qué esperanza, qué consuelo era posible dar á un ser tan abyecto?

»Permanecí allí más de dos horas, durante las cuales se volvió cien veces de un lado á otro, moviendo sus brazos á derecha é izquierda y profiriendo frases obscuras de dolor é impaciencia. Al fin cayó en ese estado de olvido completo, en que el espíritu vaga penosamente de sitio en sitio, de escena en escena, sin estar ayudado por la razón, pero sin poder librarse de un obscuro sentimiento de los dolores presentes. Juzgando entonces que su mal no se agravaría inmediatamente, le dejé, prometiendo á su mujer que vendría á verle al día siguiente por la tarde, y que pasaría la noche junto á él si era preciso.

»Cumplí mi promesa. Las veinticuatro horas que habían pasado habían producido en él una alteración ho-

rible. Sus ojos, profundamente hundidos, brillaban con espantoso resplandor; sus labios estaban secos y hundidos en muchas partes; su piel lucía seca y ardiente; en fin, se veía sobre su rostro una expresión de ansiedad feroz, que indicaba más fuertemente los estragos de la enfermedad, y que no parecía pertenecer ya á la tierra. La fiebre le devoraba.

»Sentéme en la silla que había ocupado la noche anterior. Yo sabía, por lo que había oído decir al médico, que el enfermo moría, y permanecí allí durante largas horas, prestando atención á sonidos capaces de conmovier las almas más endurecidas; eran las misteriosas meditaciones de un agonizante.

»Yo ví sus miembros descarnados, que pocas horas antes se dislocaban para divertir á una alegre muchedumbre, yo los ví torcerse en la convulsión de la fiebre ardiente. Oí la estridente risa mezclarse á los murmullos del moribundo.

»Es cosa patética seguir los pensamientos que llevan al enfermo á las escenas ordinarias, á las ocupaciones de la vida activa, cuando su cuerpo está extendido, sin fuerza y sin movimiento, ante nuestros ojos. Pero esta impresión es infinitamente más fuerte cuando esas ocupaciones de la vida son opuestas á toda idea grave y religiosa. El teatro y la taberna eran los principales objetos de la divagación de aquel desgraciado. En su delirio se imaginaba que tenía que representar un papel aquella noche, que era tarde y que debía salir de la casa inmediatamente. ¿Por qué se le retenía? ¿Por qué se le impedía salir? Iba á perder el salario. ¡Era preciso que se fuera! No; le detenían. Ocultaba el rostro en sus ardientes manos, y gemía por su debilidad y la crueldad de sus perseguidores. Después de una corta pausa cantaba unas rimas burlescas, las últimas que aprendió. De repente se levantó del lecho, extendió sus miembros de esqueleto y se colocó en una grotesca postura. Estaba sobre la escena, desempeñaba su papel... Pasó un minuto y entonó el estribillo de otra canción. Por fin se figuraba estar en un café cantante. ¡Qué calor había en la sala! El había estado muy malo, pero ya estaba bien; era feliz. «¡Llenad mi vaso! ¿quién lo rompe en mis labios? decía.»

»Era el mismo que le perseguía siempre. Volvió á caer sobre su almohada y lanzó de su pecho sordos gemidos. Después de un corto intervalo de olvido imaginó encontrarse errante en un confuso laberinto de habitaciones oscuras, cuyas bóvedas eran tan bajas que le era preciso arrastrarse sobre sus manos y sus rodillas para poder andar. Todo era estrecho, y á cualquier parte que se volviera, un nuevo obstáculo se oponía á su

paso. Inmundos reptiles se arrastraban alrededor suyo. Sus ojos resplandecientes arrojaban llamas en medio de las tinieblas que le rodeaban. Las murallas, las bóvedas, el aire mismo, estaban envenenados con la existencia de repugnantes insectos. De repente las bóvedas se agrandaron y tomaron una extensión espantosa; espectros horribles volaban por todas partes, y entre ellos veía aparecer caras que conocía y que hacían deformes muecas, horribles contorsiones. Estos fantasmas se apoderaron de él, quemaron sus carnes con hierros candentes, ataron cuerdas fuertemente alrededor de sus sienes, hasta hacer brotar sangre, y él luchaba violentamente para escapar á la muerte, que le quería asir.

»Al fin de uno de estos paroxismos, durante el cual me había costado gran trabajo retenerle en su lecho, se dejó caer con la mayor postración, cediendo á una especie de profundo letargo. Agobiado de vigiliias y fatigas, yo había cerrado los ojos, después de algunos minutos, cuando sentí que una mano se aferraba poderosamente á mi hombro; despertéme al instante. El enfermo se había levantado y sentádose en su lecho. Su rostro había cambiado, porque era evidente que me reconocía. El niño, que tanto tiempo había estado despierto por los gritos de su padre, corrió hacia él gritando con terror, pero su madre lo cogió prontamente en sus brazos, temiendo que Juan lo hiriese con la violencia de sus arrebatos; después, notando la alteración de sus facciones, permaneció espantada é inmóvil al pie del lecho. El estrechaba convulsivamente mi hombro, y golpeando con la otra mano su pecho, hacía horribles esfuerzos para articular: era en vano. Extendió los brazos hacia su mujer; sus labios blancos se agitaron, pero no pudieron modular otro sonido que un sordo esterior, un gemido ahogado; sus ojos brillaron un instante, y cayó de espaldas. Estaba muerto.»

Tendríamos la más viva satisfacción si pudiéramos hacer saber á nuestros lectores la opinión de Mr. Pickwick sobre la anécdota que acabamos de copiar, y estamos casi ciertos de que esto nos hubiera sido posible, á no ser por una desgraciada circunstancia.

Mr. Pickwick acababa de poner sobre la mesa el vaso que había tenido en su mano durante las últimas frases de la relación; ya se había decidido á hablar, y aun si hemos de creer al *memorandum* de Mr. Snodgrass, ya había abierto la boca, cuando el mozo entró en el cuarto y dijo:

— Señores, aquí os buscan unos caballeros.

Cuando Mr. Pickwick fué interrumpido de esta manera, estaba sin duda á punto de proferir alguna sentencia que hubiera iluminado al mundo, si no al Táme-

sis, porque miró al mozo con aire severo, después miró sucesivamente á todos los de la reunión, como para preguntar quiénes podrían ser aquellos que le interrumpían.

— ¡Oh! — dijo Mr. Winkle levantándose, — son nuestros amigos, que entren.

Y cuando el mozo se retiró, añadió:

— Personas muy amables, los oficiales del 97 regimiento, á quienes he conocido de una manera muy extraña. Os agradarían mucho.

Pickwick se serenó inmediatamente; el mozo volvió, introduciendo en el cuarto á tres caballeros, y Mr. Winkle tomó la palabra diciendo:

— Oficial Tappleton, doctor Payne, Mr. Pickwick... ya conocéis á Mr. Snodgrass... mi amigo Mr. Tupman, doctor Slammer, Mr. Pickwick... Mr. Tup...

Aquí se detuvo repentinamente Mr. Winkle, notando la emoción profunda que manifestaban Mr. Tupman y el doctor.

— Ya he encontrado á aquel caballero — dijo el doctor con energía.

— ¡Ah! ¡ah! — dijo Mr. Winkle.

— Y este individuo también, si no me engaño — continuó el doctor fijando una mirada escrutadora en el desconocido del vestido verde. — Pienso que he hecho á este individuo anoche una invitación muy perentoria, que él ha creído oportuno rehusar.

Diciendo esto, lanzó el doctor una mirada de indignación sobre el desconocido, y empezó á hablar en voz baja y con calor á su amigo el oficial Tappleton. Cuando hubo concluido, éste dijo:

— ¡Bah! ¿es el mismo?

— Sí — respondió el doctor Slammer.

— Es preciso aplastarlo aquí mismo — dijo con la mayor seriedad el propietario del asiento de tijera.

— Yo os lo suplico, Payne; tranquilizaos — dijo el oficial.

Después, dirigiéndose á Mr. Pickwick, que estaba confuso al ver aquellos apartes descorteses, continuó en estos términos:

— ¿Me permitiréis que os pregunte, caballero, si esta persona pertenece á vuestra sociedad?

— No, señor — respondió Pickwick. — Es solamente uno de nuestros huéspedes.

— ¿Es, según creo, un miembro de vuestro Club?

— No, señor.

— ¿Y no ha llevado el uniforme del Club?

— Jamás — respondió Pickwick con admiración.

El oficial Tappleton se volvió hacia su amigo, el doctor Slammer, haciendo un ligero movimiento de espaldas, que parecía indicar alguna duda acerca de la exac-

titud de sus recuerdos.

El doctor parecía furioso, pero confundido, y mister Payne consideraba con expresión feroz el benévolo continente de Mr. Pickwick.

— Caballero, ¿habéis estado en un baile la noche última? — dijo de repente el doctor á Mr. Tupman, en un tono que le hizo estremecerse tan visiblemente como si le hubieran enterrado malignamente un alfiler en la pantorrilla.

Mr. Tupman respondió débilmente:

— Sí.

Al pronunciar este sí no dejaba de mirar á mister Pickwick.

— Esta persona estaba con vos — dijo el doctor mostrando al inmutable desconocido.

Mr. Tupman admitió el hecho.

Ahora, caballero — dijo el doctor al desconocido, — os pregunto otra vez, en presencia de estos caballeros, si queréis darme vuestra tarjeta y veros tratado como un caballero, ó queréis imponerme la necesidad de castigos personalmente aquí mismo.

— Deteneos, caballero — interrumpió Mr. Pickwick. — No puedo permitir que siga adelante este asunto sin algunas explicaciones. Tupman, contad lo que ha pasado.

Mr. Tupman, interpelado solemnemente, contó el hecho en pocas palabras, pasó ligeramente sobre el cambio de vestido, extendióse largamente sobre si esto había sido hecho después de comer, espresó algun arrepentimiento de parte suya, y dejó al desconocido que se echara fuera como mejor pudiese.

— Este se disponía á hablar, cuando el oficial Tappleton, que le había examinado con grande curiosidad, le dijo en tono desdenoso:

— ¿No pertenecéis al teatro?

— ¿Ciertamente, — respondió el desconocido sin intimidarse.

— Es un cómico ambulante, — dijo el oficial con desprecio.

Y volviéndose al doctor Slammer, añadió:

— Representa en la pieza que los oficiales del 52.º regimiento han preparado para mañana en el teatro de Rochester. Esto no puede seguir, Slammer, es imposible.

— Enteramente imposible, — repitió el activo Payne.

— Siento mucho haberos puesto en esta desagradable situación — dijo el oficial Tappleton á Mr. Pickwick. — Pero permitidme añadir que el mejor medio de evitar semejantes escenas en lo sucesivo, sería tener más cuidado en la elección de compañeros. Soy vuestro servidor, caballero.

Y al decir estas palabras, el oficial salió de la habitación.

—Y permitidme deciros, caballero — añadió el irascible doctor Payne, — que si yo me hubiera encontrado en el lugar de Tappleton, ó de Slammer, yo os hubiera tirado de la nariz á vos, caballero, y á todos los individuos presentes; si, señor, á todos los individuos presentes. Payne es mi nombre, caballero, el doctor Payne, del 43 regimiento. Buenas noches, caballero.

Al terminar estas palabras, cuyas últimas palabras fueron pronunciadas en voz alta, se marchó majestuosamente tras de las huellas de su amigo, y fué seguido sin dilación por el doctor Slammer, que no dijo nada, pero que apaciguó su bilis lanzando sobre la compañía una mirada desdeñosa.

Durante estas largas provocaciones, un estupor muy grande, una rabia creciente, henchían el noble seno de Mr. Pickwick, hasta el punto de hacer romper su chaleco. Permaneció petrificado, mirando aun el sitio que el doctor Payne había ocupado, cuando el ruido de la puerta que se cerraba le hizo volver en sí. Precipitose con el furor pintado en el rostro y lanzando llamas por los ojos. Su mano estaba sobre la cerradura. Un instante después hubiera estado asido al pescuezo del doctor Payne, del 43 regimiento, si Mr. Snodgrass no se hubiese apresurado á detener á su sabio mentor por el faldón de la levita y tirarle hacia atrás.

—Winkle, Tupman — exclamó al mismo tiempo con acento de desesperación, — detenedle. No debe arriesgar su preciosa vida en una causa como esta.

—¡Dejadme! — dijo Pickwick.

—Mantenedle — dijo Snodgrass.

Y por los esfuerzos reunidos de todos, Mr. Pickwick fué sentado en un sillón.

—Dejadle — dijo el desconocido del traje verde. — Un vaso de ponche. ¡Qué viejo y qué valor! Bebed, ¿eh? ¡famosa bebida!

Diciendo esto, y después de haber probado la espuma, el desconocido aplicó el vaso á los labios de mister Pickwick, y el resto de lo que contenía desapareció en poco tiempo en el gáznate del divino filósofo. Hubo una corta pausa; el ponche hizo su efecto, y el amable continente de Mr. Pickwick recobró bien pronto su expresión acostumbrada, mientras el desconocido le decía:

—Son indignos de vuestra atención.

—Tenéis razón, caballero — le contestó Mr. Pickwick. — No son dignos. Me avergüenzo de haberme dejado arrastrar por el calor de mis sentimientos. Acercad vuestra silla, caballero.

El cómico no se hizo de rogar. Reuniéronse todos en

un círculo alrededor de la mesa, y la armonía reinó de nuevo. Mr. Winkle solo parecía conservar aun algunos restos de irritabilidad. ¿Esta disposición era ocasionada por la sustracción temporal de su vestido? ¿Una circunstancia tan fútil podía encender un sentimiento de cólera, aun pasajero, en un corazón pickwickiano? Lo ignoramos; pero exceptuando esta circunstancia, el buen humor se restableció completamente y la tertulia se terminó con toda la jovialidad que había señalado el principio.

CAPITULO IV

Pequeña guerra. — Nuevos amigos. — Invitación para ir al campo

Muchos autores tienen repugnancia ridícula y aun poco delicada en revelar las fuentes de donde han tomado su asunto. No pensamos de la misma manera, y siempre nuestros esfuerzos se dirigirán á cumplir de un modo honroso los deberes que nuestro oficio de editor nos impone. A pesar de la justa ambición que en otras circunstancias hubiera podido inducirnos á reclamar la gloria de componer esta obra, nuestras consideraciones, á la verdad, nos impiden aspirar á otro mérito que al de un arreglo razonado y al de una imparcial narración. Los papeles del Club de Pickwick son como un inmenso depósito de papeles importantes. Lo que nos toca hacer es descubrirlos cuidadosamente al universo, que desea ardientemente conocer los pickwickianos.

Obrando con arreglo á estos principios, y dispuestos á confesar lo que debemos á las autoridades que hemos consultado, declaramos francamente que sólo al *memorandum* de Mr. Snodgrass debemos las particularidades contenidas en este capítulo y en el siguiente, particularidades que vamos á trasladar aquí, sin otro comentario, ahora que hemos descargado nuestra conciencia.

Al día siguiente todos los habitantes de Rochester y de los lugares circunvecinos se levantaron muy temprano, en un estado de excitación y premura no común, porque se trataba para ellos de ver las grandes maniobras. Una media docena de regimientos debían ser re-